

# SOSPECHOSOS

JUAN  
INFANTE



erein

# SOSPECHOSOS

**SERIE GARRINCHA III**

42

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

*1.ª edición: mayo de 2021*

Diseño de la colección y portada:  
Cristina Fernández

Maquetación:  
Itxaropena

© Juan Infante

© EREIN. Donostia 2021

ISBN: 978-84-9109-713-6

D.L.: D 499-2021

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: [itxaropena@itxaropena.net](mailto:itxaropena@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

JUAN INFANTE

# SOSPECHOSOS

**SERIE GARRINCHA III**

erein

SÁBADO, 8 DE JUNIO.  
LUCÍA SE CASA

El chaqué era de alquiler. Nunca me había puesto uno, ni siquiera de disfraz. En mi boda llevé un sencillo traje azul con una camisa blanca y una corbata escocesa.

Comprarlo para una sola vez me parecía un dispendio y Teresa estuvo de acuerdo. Ahora me miraba y se reía, aunque después de dar varias vueltas a mi alrededor concluyó que me quedaba muy bien.

En esos momentos solo pensaba en salir de casa y subirme en el buga con el que iba a recoger a la novia. Y aunque yo me veía un tanto estrafalario, Teresa no le daba mayor importancia. Tenía una tienda de ropa y todo esto le parecía normal.

Menos mal que ella se había encargado de todo, porque mi aportación comprando una pajarita fue un fracaso. Me aclaró, como si fuera un inútil, que la pajarita se lleva con el esmoquin, nunca con el chaqué, que exigía corbata sobre una camisa blanca.

Todo esto viene a cuento de la boda de Lucía, una mujer a la que he ayudado mucho, incluso demasiado. Se casa con Eduardo Bastera,<sup>1</sup> según dicen el mejor futbolista del Athletic.

Es una boda curiosa. Eduardo pertenece a una familia de postín de Neguri. Su abuelo fue consejero del Banco Bilbao y la

---

1 Utiliza el apellido de su madre.

mayoría de sus miembros coparon, y lo siguen haciendo, muchos cargos en un buen número de consejos de administración. Por contraste, Lucía ancla sus orígenes en el hampa del narcotráfico bilbaíno. Su padre, Gorostiola, fue uno de los grandes padrinos, y dejó huella en sus seguidores y en la policía. Lucía salió muy bien librada; podría estar cumpliendo, y además por méritos propios, una larga condena o, incluso, haber acabado en el otro barrio. Pero, mira por dónde, después de terminar la carrera de Derecho y realizar un máster en Londres, se casa con el mejor partido de la provincia.

Todavía no me lo creo, pero así es. Además, soy su padrino de boda; ella apenas tiene familia cercana y conmigo iría al fin del mundo. No encajo nada en esa boda. Ella lo sabe, pero no le importa. Me lo repitió varias veces: ella es la que se casa y yo la acompaño.

Eduardo me conoce y le pareció bien cuando se lo dijo. Solo le pedí, bueno, le exigí, que no me pidiera su mano. Se rio y enseguida me aclaró que la mano solo se le pide a un padre, nunca a un amigo por muy padrino que fuera.

Mi nombre es Tomás Garrincha –como el genio del *dribling*, el jugador de fútbol más querido de Brasil– y llevo en esto del delito desde los veinte años. Tengo cuarenta y cinco y cuando cumplí los cuarenta decidí dejarlo. Oficialmente estoy jubilado y ya no debo hacer nada fuera de la ley, pero esto no siempre es así.

El gran arquitecto brasileño Oscar Niemeyer decía que la belleza no se basa en las líneas rectas sino en las curvas, como lo prueban los árboles de El Cerrado y las piernas de Garrincha. Mis piernas no son curvas como las de mi tocayo brasileño, más bien al contrario. Mido uno noventa, soy flaco, desgarrado, y dicen que cuando me enfado se me dibuja un cuchillo en la mirada.

Tampoco es para tanto y, además, no me enfado con frecuencia. Eso sí, estoy gastadito por la vida, como mis vaqueros.

Mi pasión es la pesca. Soy un gran aficionado desde que, con diez años, empecé a acompañar a mi padre hasta el Puente Colgante en Portugalete a pasar horas mirando a la ría; ningún pez se dignaba picar y siempre pensé que era una excusa para no estar en casa. Aun así, siempre me fascinó esa quietud, esa especie de paralización del tiempo que fue tan decisiva para triunfar en mi faceta delictiva. Me armó de paciencia y consiguió alejarme de problemas innecesarios.

Me gusta Olabeaga. Además de por poder pescar al lado de casa y seguir estando en Bilbao, sobre todo por ese carácter de barrio cercano, húmedo, a veces escondido por la bruma hasta hacerse invisible. La gente es amable y mantiene esa solera que da la continuidad y la ausencia de cambios. Aunque yo debo de ser el único rentista —es un barrio de trabajadores—, no desentono mucho.

Encajonado entre la ría y las vías del tren, Noruega, como también se lo conoce, creció junto a los Astilleros Euskalduna y los barcos bacaladeros llegados precisamente de ese país nórdico. Mi padre había sido un trabajador de Altos Hornos, a unos pocos kilómetros de allí, y vivíamos en Portugalete. Instalarme en Olabeaga fue como volver a la infancia.

Mi relación con Lucía Gorostiola data de hace algo menos de cinco años. Ella cursaba primero de Derecho en la Universidad de Deusto cuando fue secuestrada.

Su padre era el capo de uno de los grupos más importantes de narcotráfico del norte de España y yo, que entonces acababa de retirarme, conocía bien el sector y quizás también a los autores del secuestro.

El caso es que me involucré, mi ayuda fue decisiva y salvé a la hija de percances mayores que el propio secuestro. Mientras investigaba, el secuestro se complicó y ella, que se mostró

impasible y sin ningún escrúpulo, acabó con la vida de varios indeseables. Al final tuve que librarla de otros delincuentes, y ambos nos salvamos por los pelos de terminar con un tiro en una cuneta o con una condena enorme a cuestas.<sup>2</sup>

Gorostiola murió de forma natural de un infarto de miocardio. Cuando Lucía estaba terminando la carrera en Madrid, se ennovió con el futbolista y sufrió un chantaje espectacular del que también la libré, aunque hubo algunas bajas por el camino.<sup>3</sup>

Me estaba eternamente agradecida y lo cierto es que había mejorado mucho. Ya no era aquella psicópata que conocí cuando el secuestro, pero tenía la *virtud* de que siempre que me acercaba a ella me complicaba la vida. Fue Teresa la que me lo recordó. Llevábamos dos años muy tranquilos y, mirándome con seriedad, me espetó: «Espero que esto empiece y termine con la boda. Conozco a esa farsante y no me fío». La tranquilicé diciéndole que la boda no podía traerme problemas.

Lucía solo tiene veinticuatro años, los mismos que Eduardo, pero con un millonario es más fácil casarse, a nadie le parece prematuro, todos la animan y, claro, ella está encantada.

El novio parece un buen tío, no se le ha subido la fama a la cabeza y su origen familiar le facilita mucho las cosas. Y, por supuesto, además de jugar muy bien al fútbol y tener mucho dinero, es un joven guapo y con buena planta.

Lucía siempre me comenta que su chico no sabe nada de su historial –nunca añade delictivo, pero se sobreentiende– y, aunque me cuesta creerlo, debe de ser así. Quien sí lo sabe es la policía y si no ha actuado es porque no tiene pruebas suficientes, no por falta de ganas.

2 Juan Infante, *Atrapado*, Editorial Erein, 2017.

3 Juan Infante, *El precio del silencio*, Erein, 2019.

El chaqué, por fin, parecía estar en su sitio y solo el perfeccionismo de Teresa retrasaba mi salida de casa. Me despidió con un beso y un «perfecto, ya puedes irte», mientras volvía a reírse.

## 2

## UNA BODA DE POSTÍN

La boda se celebra en la iglesia de Las Mercedes de Las Arenas, muy cerca de la casa familiar del novio. Aunque sus padres viven en Madrid, María Ucelay, la abuela, reside allí al lado, en Ondategui.

En un piso grande situado en una zona residencial muy cerca de la avenida de Zugazarte y el Abra, Eduardo esperaba nervioso a que fuera la hora para dirigirse a la iglesia con su madre. Aunque podían ir dando un paseo, un impecable Mercedes de color negro con chófer los llevaría hasta la entrada.

Cuando Lucía me informó de que se casaba, le pregunté si estaba embarazada. Tras negarlo, después de una sonora carcajada, me pidió que fuera su padrino. Enseguida comprobé que no tenía otra opción. Tampoco me importó. Mi vida social era escasa y aunque dudaba de cómo se lo tomaría Teresa, que siempre se había negado a tratar con mis amigos del hampa, con la boda de Lucía haría una excepción.

Desde que se resolvió el chantaje de los anglorrusos de Kalinka, apenas había estado con Lucía. Cuando me *visitaron* aquellos tres sicarios llegados desde Marsella, ya estaba de

vacaciones con Eduardo rumbo a Hawái. Lo vivió todo desde la distancia y quedó muy satisfecha.

Aquello pasó y Lucía hizo un máster en Relaciones Internacionales en una de las mejores universidades de Londres, mientras Eduardo se dedicaba a progresar en el Athletic y convertirse en uno de los fijos de la selección.

Seguí sus andanzas y Lucía me tenía al tanto de su vida con los mensajes cariñosos que me enviaba de vez en cuando. Era lo mejor, y en estos últimos dos años no había tenido que preocuparme de mi seguridad ni de la policía. Así se vivía muy bien, aunque, debía reconocerlo, todo era muy aburrido.

Faltaba algo más de una hora para nuestra llegada a la iglesia y tenía que ir a recoger a Lucía a su casa, que era el chalé de su padre en Laukariz, localidad situada a unos veinte kilómetros. Ella vivía ya con su novio en un piso que habían comprado en Bilbao, pero la tradición exigía que los novios no estuvieran juntos antes de la boda.

Un amigo de vida un poco turbia me hacía de chófer. Era como un villano de película: alto, fornido, mal encarado y con aspecto de poder partirte las piernas en cualquier momento. Llevaba un traje gris marengo, con camisa blanca y corbata oscura. Unas gafas de sol con cristales negros lo convertían en un mecánico de *Los Soprano*. A pesar de su vestimenta no podía disimular su aspecto de bellaco.

Cuando bajé a la calle me sacudí mi vergüenza mientras avanzaba los cincuenta metros que me separaban del Bentley, con un Raúl sonriente apoyado en la puerta del conductor. Se quitó las gafas y, con el dedo gordo hacia arriba, hizo la señal de aprobación.

El automóvil era espectacular, lo había alquilado para la ocasión y llamaba más la atención que mi chaqué. Cuando

estaba junto al coche, las miradas de todos los paseantes se centraron en ambos e, incluso, alguno nos sacó una foto. No era ninguna película y eso sorprendió aún más al personal. Desde el balcón, Teresa me saludó de manera exagerada con la mano mientras me lanzaba besos.

Con parsimonia, tratando con distancia al servicio, esperé a que Raúl me abriera la puerta y me acomodé en la parte trasera. Seguidamente salimos por la estrecha cuesta que une el barrio de Olabeaga con la plaza del Sagrado Corazón.

Apenas esperé en la entrada del chalé inmenso y pretencioso. Lucía salió acompañada de una estilista encargada de que luciera resplandeciente. Estaba espectacular.

—Había intentado imaginar cómo te sentaría el chaqué y no lo he conseguido. Chico, me has sorprendido. Parece que llevas toda la vida poniéndotelo, tienes un estilo de *lord* inglés, extravagante y despistado. ¡Ja, ja!

—No te cachondees, la que está estupenda eres tú.

—Contigo da gusto. Porque la familia de Eduardo es muy tradicional, que si por mí fuera, la verdad es que esta boda sería muy distinta. Desde luego, el vestido sería de flores y mi melena no estaría recogida. Pero hay que quedar bien.

—Chica, conozco tu capacidad para dar el pego, no necesitas convencerme.

—No sé de qué me hablas —dijo mientras se le escapaba la risa y miraba al chófer con reserva.

—Raúl es de fiar, no hay problema, conoce tus andanzas.

—No sabía que fuera tan famosa.

—Continúas levantando pasiones. ¿A que sí, Raúl?

—Desde luego, jefe. No la conocía en persona, pero había oído hablar de la hija de Gorostiola. La verdad es que mejora mucho en las distancias cortas.

—Me vais a abrumar, chicos. Por cierto, Garrincha, te quiero junto a mí como una sombra, no puedo despistarme. ¡Ah! Y no me dejes beber, se me va la olla y acabo con una castaña sin darme cuenta.

—Lucía, cuando salgas de la iglesia pertenecerás a tu marido, yo ya no pinto nada.

—No digas chorradas. Tú eres el padrino hasta que termine la jornada.

—Qué cosas tienes, mujer. ¡Con carabina en tu propia boda!

—Me conoces bien, Tomasín, y hoy mucha gente estará pendiente de mí. Quiero causar buena impresión.

—Los conquistarás. Siempre has sido una excelente actriz.

—¡Cómo eres! ¿Te gusta el anillo de pedida? —Le enseñó el dedo anular izquierdo, en el que llevaba una sortija de película.

—No entiendo, pero es bonita y parece buena.

—Es una pasada. María Ucelay la heredó de su madre. Es un regalo de Eduardo y de su abuela.

Era el segundo sábado del mes de junio y hacía un día espléndido. Al llegar a Las Mercedes la animación era extraordinaria. El tirón del futbolista era evidente y frente a la iglesia se agolpaba un par de centenares de personas que aguardaban impacientes la llegada de los novios y los invitados.

Eduardo Basterra ya se encontraba junto al altar, esperando, como exigían los rigurosos cánones del protocolo. Aun así, Lucía fue recibida con aplausos y gritos de «guapa, guapa», como si fuese una tonadillera.

Cuando entramos en la iglesia por la puerta trasera empezó a sonar «La primavera» de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, y continuó mientras avanzábamos por el pasillo central ante las miradas y la expectación de todos los asistentes.

Un niño y una niña vestidos de pajes, hijos de una prima de Lucía, llevaban o, más bien, hacían como que llevaban una cola casi inexistente.

Al fondo, algo intranquilo, nos esperaba Eduardo. Su madre, elegante y guapa, iba ataviada con una pamelas esplendorosa que realzaba una figura todavía joven.

Le pregunté a Lucía si estaba nerviosa. Me parecía difícil no estarlo y, encogiéndose de hombros, dijo:

—Cuando he pasado por tantas pesadillas esto parece un cuento.

—Tómalo así, es lo mejor.

—Me gustaría que fuera de otra forma, pero así está bien. No sé si te habrás dado cuenta, pero te miran a ti más que a mí.

—No exageres. Les extraña y estarán pensando: «Qué papa más joven».

—Seguro. Si supieran quién eres...

—Bueno, un colega de tu padre, tampoco hay tanta diferencia.

La iglesia estaba repleta y con los invitados vestidos para la ocasión. Predominaba el traje sobre el chaqué, que parecía reservado a los testigos y familiares cercanos al novio, y en las mujeres los vestidos de corto, con pamelas, sombreros y tocados. Estábamos casi en verano y se notaba.

Eduardo, con un chaqué bastante mejor que el mío, estaba imponente y se le veía encantado con Lucía. Su madre, doña Casilda, estuvo muy simpática y en cuanto terminó la ceremonia me presentó a Ramón, su marido, y a los familiares más cercanos.

Cuando vi a una señora mayor acercarse ya sabía de quién se trataba. Ella también sabía quién era yo. No aceptó mi mano y me dio dos besos.

—*Galincha*, si no me confundo. He oído hablar mucho de usted y tenía ganas de conocerlo.

—Lucía también me ha hablado mucho de María Ucelay y, por cierto, muy bien.

—Lo importante es que se casan y están muy enamorados. Si le soy sincera, no daba nada por esta boda. Pero, mira por dónde, esta chica vale mucho, de eso no hay duda. En el fondo me gusta.

Puse cara de desconcierto, pero no me dejó preguntar nada y añadió:

—Son cosas mías, no me haga caso. Apoyo a Lucía sin ninguna reserva.

No era difícil deducir que la abuela sabía muchas cosas de nosotros y de ahí su extrañeza por este matrimonio.

Lucía me miraba y con un guiño me mandó un aviso de tranquilidad mientras se encogía de hombros sonriente.

La firma de todos los testigos y las consiguientes fotos demoraron la salida del templo, y con la marcha nupcial del *Lohengrin* de Wagner empezamos a despejar la iglesia. Esta vez a quien llevaba del brazo era a la madre de Eduardo.

### 3

#### EL ALMUERZO Y LA FIESTA EN EL CLUB MARÍTIMO DEL ABRA

No llegaba a los doscientos metros la distancia que nos separaba del Marítimo, pero aun así, tuve que desplazarme en el Bentley. Me acompañaron Teresa, Nerea, la prima de Lucía, y dos amigas que no perdieron la ocasión de hacerse fotos entrando en el buga, con el chófer, conmigo, todos juntos, solas... Nunca

habían montado en un coche tan elegante y les encantaba comprobar que casi cabían de pie.

Mi mujer estaba muy guapa. Había comprado un vestido para la ocasión que le quedaba perfecto, completando el *look* con un sombrero tipo Ascot que causó sensación. Se conservaba espléndida, con una figura rotunda y unas piernas de cabaretera que siempre habían sido mi perdición. Ese día estaba contenta y parecía haber olvidado quién se casaba.

Nos dieron un cóctel en el primer piso y me acerqué a los ventanales que daban al paseo marítimo y al Abra, junto al puerto deportivo del club, con sus veleros, yates y balandros balanceándose por efecto de la brisa que soplabá en aquel momento. La imagen era preciosa y acompañaba a la boda como si se tratara de una película.

Abundaba el champán de la Veuve Clicquot y me entró francamente bien.

El Marítimo del Abra es uno de los clubs de referencia de la burguesía vasca. Por él han pasado generaciones de hombres y mujeres ligados al desarrollo económico y empresarial de la provincia. Allí se ponían de largo sus hijas, se casaban, hacían sus fiestas y participaban en las regatas de verano a las que, en su día, solía acudir el rey Alfonso XIII y luego su hijo don Juan, el conde de Barcelona.

Ahora predominaban profesionales con los mismos apellidos y de las mismas empresas o de otras similares. Ya no había debutantes entre las chicas, pero las fiestas continuaban iguales, aunque en un formato más moderno.

María Ucelay era una institución en este ambiente y llevaba más de sesenta años asistiendo semanalmente a las partidas de *bridge* que se celebraban en el salón de cartas. Su marido había sido vicepresidente del club y amigo de don Juan, con quien

solía navegar en el *Saltillo*, un balandro de categoría cedido al conde de Barcelona por el Marítimo.

Éramos algo más de trescientos invitados, muchos de compromiso. La plantilla entera del Athletic, con su entrenador, presidente y varios directivos. Varios jugadores del Real Madrid, del paso de Eduardo por el club merengue, y buena parte de la selección nacional con su entrenador.

Teresa congenió enseguida con los padres y los tíos de Eduardo. Cuando se enteraron de que era la propietaria de Coco Palmer la conversación fluyó con facilidad y alabaron la ropa que vendía. Todos parecían conocerla y eso la animó.

Tuve que mentir descaradamente para explicar mi relación con Lucía, dejándola en que era un buen amigo de la familia. Les extrañó que a mi edad no tuviera oficio conocido. Me definí como un rentista y les conté que ayudaba mucho a mi mujer en las tiendas. Nadie insistió y no sé cómo pasé el examen.

Con unos conocimientos futbolísticos muy escasos, algo extraño en Bilbao, evité aventurarme en los corrillos de los jugadores, a quienes, en su mayoría, no conocía ni de vista.

Hacía tan buen día que volví a acercarme a los ventanales y enseguida se puso a mi lado Lucía, quien no me perdía de vista.

—¡Garrincha, flaco! ¿Cómo va todo?

—La boda es espectacular, nunca había estado en ninguna parecida. Estoy bastante integrado y Teresa también. Tu familia política nos está tratando fenomenal.

—Qué mal suena lo de familia política. Sí, es gente muy educada y, además, creo que les habéis caído bien. Conmigo siempre son encantadores.

—Mira a Teresa, no deja de hablar con tus cuñados, con las tías de Eduardo... se lo está pasando bien.

—Ya me he fijado. En la comida vais a estar con ellos y nosotros en la mesa presidencial. Todo irá bien.

—¿Y tú qué tal?

—A veces pienso que estoy en un sueño y me voy a despertar enseguida. Quiero olvidar todo el pasado, pero a veces se me aparece y me acojona. Hace un rato me ha pegado un susto María Ucelay que no veas. No hagas ningún gesto ni mires, que nos está observando.

—A mí me ha saludado muy simpática, me ha llamado *Galincha* y me ha plantado dos besos.

—La conozco, sabe quién eres y está al tanto de alguno de los marrones que hemos compartido. Ya te contaré algún día toda la historia con ella.

—Ya me lo imagino.

—Lo que ahora nos importa es que esté callada. Sin venir a cuento me ha soltado: «Pues *Galincha* no parece un gánster; qué cosas me contaron de él, parece un hombre educado y correcto. Bueno, tu padre también lo parecía...». Como ha visto que se me mudaba la cara, acto seguido ha comentado: «Disculpa, Lucía, no te he dicho nada, aquello está olvidado y, cuanta menos gente lo sepa, mejor». He contestado convencida: «María, no quisiera tener que recordar unos sucesos que, aunque no conozco muy bien, ya sabe que no me gustaron nada».

—Por favor, qué cara tienes.

—Qué remedio, la misma que tú. Me ha respondido: «Tienes razón, para mí también están olvidados».

—Vaya, solo nos falta que empiece a largar.

—No lo va a hacer, estoy convencida de que ella también tiene cosas que ocultar.

El muelle de Las Arenas, un paseo que transcurre por delante del club, estaba muy concurrido. Había mucha gente paseando

y haciendo deporte, mientras a lo lejos, en la desembocadura del Abra, una competición de veleros de una plaza estaba en plena faena. Desde el propio puerto del club salían bastantes embarcaciones y me daba envidia verlas pensando en poder pescar en lugares donde no escasearían los peces.

Enseguida nos llamaron para almorzar y divisé a Teresa, que me buscaba con la mirada. Nuestros nombres aparecían en la mesa principal, amplia y redonda, preparada para quince cubiertos.

María Ucelay también se sentaba en nuestra mesa y, aunque no la tenía a mi lado, podía hablar con ella sin dificultad. Los padres de Eduardo, sus hermanos y sus parejas completaban el resto de los comensales.

Hablé con todos los que estaban a mi alrededor de temas muy poco comprometidos: la novia, el fútbol y los balandros, a los que la familia, por tradición, era muy aficionada. Tuve que extenderme sobre mi afición a la pesca tras una frase de la abuela que, sonriente, me soltó:

—Ya sé que usted es muy aficionado a la pesca y que tira la caña en Olabeaga todos los días. —Solo le faltó añadir: «Sí, donde les limpiaron el forro a los tres sicarios enviados por Tania la de Kalinka».

Con una sonrisa expliqué mi afición a la pesca desde crío, cuando acompañaba a mi padre junto al Puente Colgante.

—Ahora la practico al lado de mi casa, en el barrio de Olabeaga.

Nadie mostró ninguna sorpresa, para ellos solo era el nombre del barrio donde estuvieron los Astilleros y donde jamás vivirían, aunque todos se comportaron como si fuera una opción de lo más razonable y siguieron haciendo preguntas inocuas.

—¿Todavía se pesca algo allí? No me pega que entren peces tan dentro de la ría.

—Tiene razón, no pesco nada, pero tampoco me importa mucho, sigo yendo habitualmente.

Aunque no lo entendían, tampoco se sorprendieron. Ramón, el padre de Eduardo, aprovechó para invitarnos a Teresa y a mí a pescar en un barco que tenían atracado en Puerto Banús. Ellos tenían casa cerca, en Guadalmina, donde pasaban los veranos.

Acepté encantado y, aunque había pescado poco en barco, sabía que me acostumbraría enseguida. Ramón me contó que en verano contrataba a un marinero de Lekeitio, todo un fenómeno, que se trasladaba a Marbella y se encargaba del barco. Llevaba muchos años con ellos y era muy bueno; nos llevaría a caladeros que controlaba y teníamos aseguradas unas buenas jornadas de pesca.

De vez en cuando Lucía y yo intercambiamos miradas y nos transmitíamos la idea de que todo iba bien. Cuando estábamos en los cafés se acercaron a saludarnos a Teresa y a mí unos tíos de Eduardo, hermanos de su padre, y se sentaron junto a nosotros. El que se sentó a mi lado, Ignacio, era muy simpático y me contó anécdotas de Eduardo de pequeño como si yo fuera su suegro. Aprovechando un momento en el que Casilda se ausentó, se acercó más a mí y, casi en susurros, pero con gravedad, me comentó que le gustaría hablar conmigo de un asunto de negocios, aunque entendía que hoy no era el día.

Me vio tan sorprendido que, mirando a ambos lados, añadió:

—Tengo problemas muy serios y mi madre me ha aconsejado que hable contigo. Es más, me ha dicho que eres la persona idónea y de toda confianza.

Lacónicamente, sin ni siquiera preguntarle de qué se trataba, le contesté:

—Encantado de escucharlo y ayudarlo si está en mi mano.

No me gustó nada lo que me dijo ni cómo lo hizo, y menos que viniera recomendado por la Ucelay.

A continuación, me estrechó la mano y, con voz muy baja, me contestó:

—Puede confiar en mí, yo confío en usted, seré una tumba.

Creo que no nos oyó nadie, aunque, por la mirada que me lanzó, a Lucía no le pasó desapercibida nuestra conversación.

Enseguida empezó el baile. Como exigen los cánones, *El Danubio azul* comenzó con los novios solos en la pista y poco después Eduardo me entregó a Lucía, con la que seguí bailando mientras él lo hacía con su madre. En cuanto terminó el vals, la pista se llenó de gente joven y Lucía volvió con su marido. Le comenté en dos palabras lo que me había transmitido Ignacio, pero solo hizo una mueca, ya lo hablaríamos.

Me crucé con Casilda, que miraba feliz a su hijo y a su nuera, y me quedé junto a ella. Compuse una cara sonriente y amable para la ocasión. Pero Teresa no me permitió descansar y regresé con ella a la pista en plan formal, intentando hacerlo bien.

Poco después vi a Ignacio discutiendo acaloradamente con una hermana y un hermano; no era algo relativo a la boda sino algo ajeno y pensé en lo que me había dicho. En un momento posterior se dirigió a donde estaba Lucía con Eduardo y habló con ellos.

Algo se estaba fraguando y sus caras eran de preocupación.

Aprovechando que Teresa hablaba con otros invitados, Lucía se me acercó.

—Ignacio ya me ha contado la conversación contigo.

—Sí, recomendado por su madre.

—Ya. Me ha pedido el número de tu móvil. Se lo he dado, estaba Eduardo presente y quería darle la mayor normalidad, como si se tratara de cualquier gestión sin importancia.

—Qué pereza...

—Ya, pero si te llama, escúchalo y te escaqueas como puedas.

—¿Sabes cuál es el problema?

—Es un tema de algún negocio que debe de irle mal, me lo ha contado Eduardo. Ha discutido con sus hermanos y está de los nervios. A Ramón le ha pedido pasta y a los otros creo que también, pero no sé nada más.

—¿Y le han dado dinero?

—Ramón no y está bastante cabreado, el resto me imagino que tampoco.

—¿Sabes si es mucho dinero?

—Me da que sí, esta bronca no se monta por cualquier cosa. Ya me contarás cuando te llame. Voy a olvidarme, solo falta que me joda mi propia boda.

No quise preguntar más y cada uno se fue por su lado. Me junté con Teresa y pedí un *whisky* con hielo para tomármelo sentado tranquilamente, disfrutando del paisanaje. En la pista de baile ya solo había gente joven y los futbolistas arrasaban.

Cuando los veía, sentía nostalgia y recordaba lo rápido que se me había pasado la juventud; de mala manera, de delito en delito, con la poli detrás y temblando la mayoría de las veces, cuando no en prisión. Pero, quizás, lo peor fueron los periodos enganchado a la farlopa.

Se me había escapado y ahora, con cuarenta y cinco años, hacía vida de jubilado; bueno, de rentista, que era parecido. Mi oficio era el delito y, aunque lo había dejado, reconocía que me seguía tirando. Mucho tiempo sin hacer nada me aburría, pero ese era mi futuro. Aun así, cada vez que veía a Lucía mi adrenalina se disparaba y me hacía rejuvenecer.

Era curioso comprobar que para las chicas era un ser invisible, ni me veían. También en eso me sentía retirado.

Decía Mario Benedetti que el tiempo siempre nos acompaña, pero no nos damos cuenta, no le hacemos caso hasta que llega un momento en el que la vida se nos escapa como el viento entre los dedos.

La fiesta avanzaba y algunos mayores empezaban a retirarse. Teresa estaba bailona y lo estaba pasando bien. Daba gusto verla en la pista sin ningún recato; de vez en cuando me miraba y me lanzaba besos con la mano.

Tenía la impresión de que la historia de Ignacio Echevarría podía complicarse e implicarnos de mala manera. Lucía debía de estar pensando lo mismo.

Mejor estaría de viaje de novios, pero un compromiso de Eduardo con la selección los obligaba a retrasarlo hasta finales de mes. Tenían ya organizado el viaje de un par de semanas a Cerdeña, pero hasta entonces estarían por aquí.

Varios futbolistas muy simpáticos –a los que no conocía ni de la tele, aunque por la forma de andar debían de ser ya estrellas– vinieron a saludarme. No sabían muy bien qué relación tenía con Lucía, pero solo tuvieron palabras de elogio. A su lado, dejando al margen el fútbol, Lucía era un fenómeno que les daba mil vueltas a todos.

Estuvimos un buen rato relacionándonos con el resto y, pasadas las nueve de la noche, nos despedimos.

Lucía me pidió que nos mantuviéramos en contacto y, guiñándome un ojo, me recordó que no la olvidara. Eduardo, muy correcto y satisfecho, me dio las gracias, aunque no sabía muy bien por qué. Bueno, tener controlada a Lucía sí era de agradecer. Ramón y Casilda también estaban contentos y nos manifestaron lo agradable que había sido conocernos. También nos insistieron en la invitación a pescar en su barco ese mismo verano.

Aceptamos convencidos y nos despedimos. A Ignacio no se le veía.

Mucho mejor así.